

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

La rosa mística.

—
Quasi plantatio rosee in
Hiericho.
ECCLESIAST. XXIV.

En medio de esta Jericó terrestre, la Iglesia militante que es el jardín de las almas, se eleva como reina de la hermosura y Madre del amor hermoso la Santísima Virgen, mediadora solícita y poderosa entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres. Dios plantó esta rosa mística en su jardín, y quiso que nosotros recibiéramos de su plenitud las gracias y socorros indispensables para asegurar por medio de virtudes y buenas obras nuestra vocación cristiana.

Vamos á examinar las místicas significaciones de esta hermosa flor, y así descubriremos el profundo sentido de la Santa Es-

critura cuando realza la figura de la Virgen con el bello símil de la rosa, así como la razón que ha tenido la Iglesia para llamarla *Rosa mística*.

—
Bellísima flor es la rosa. En su mano brilla el cetro del imperio de las flores. Ella es la reina de los prados y la princesa de los jardines. Su dorada corola es la diadema y sus hojas encendidas son el manto real que revelan su principado. Rinden vasallaje á la rosa el rocío con sus perlas, el céfiro con sus besos, el día con sus luces, el sol con sus rayos, las nubes con sus aguas y las avejillas con sus cánticos. Para sacar mas provecho de este bello asunto, contemplaremos con la rosa *su cualidad, amenidad y maravillosa virtud*. Si alguna vez habeis estudiado las

cualidades de esta peregrina flor, desde luego habreis notado que es fria en las hojas y caliente en la semilla, que está llena de agua y de rocío, que cuanto mas la tocais mas aroma difunde, que nace de espinas y ella no tiene espinas. Levantad la vista, contemplad á la Reina de las flores, la Rosa mística que embalsama con sus virtudes los cielos y la tierra, y vereis que si hay corazones frios, corazones que no aman á Dios, corazones helados por la indiferencia religiosa, ella los enciende. *Non timebit domui suæ à frigoribus nivis* (1). No teme la Señora por nosotros, aunque tengamos el corazón tan frio como la nieve, con tal que nos refugiamos en su seno maternal, foco ardiente de amor divino porque ella nos encenderá con el amor de Dios y el amor del prójimo, doble y preciosa vestidura con que viste á sus devotos, preservándoles del frio del corazón, del hielo del alma, que son la tibieza y la indiferencia. *Omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus.*

¿Y no hay tambien corazones inmafiados por el fuego de la concupiscencia? Dejadme exclamar con el profeta: *Desolatiene desolata est*

terra. Desolada está la tierra de los corazones por el fuego de la avaricia, por el fuego de la soberbia, por el fuego de la lujuria, por el fuego de los ódios y de los rencores. Si no procuramos apagar este fuego impuro, devorador, con lágrimas de penitencia, hay justicia en el cielo que no dejará impunes los pecados de impureza; hay un Dios vengador de la santidad ultrajada que destruye con el fuego de su ira las ciudades prevaricadoras; hay un infierno para los hombres lascivos y sensuales que se coronan de rosas y se apacientan en los prados de la lujuria. A vosotros toca parar los golpes de la justicia, recurriendo, ahora que es tiempo de tregua y de clemencia, á la Madre de la misericordia. ¿No es la rosa mística llena del agua de la gracia y del rocío del Espíritu Santo? Amadla, invocadla, importunadla con vuestros ruegos, y no dudeis de su amorosa solitud. Es la dispensadora de todos los bienes, la estrella matutina que nos a'umbra en las tinieblas de esta vida, la luna benéfica que calma las tempestades del corazón, la nube celestial que fertiliza el campo agostado de nuestra alma, la madre tierna y vigilante que con el fuego *del amor hermoso* apaga el fuego de

(1) Prov. ul.

los amores impuros, y con el rocío de la gracia divina fecundiza los corazones, y hace germinar las flores de las virtudes. Cultivad la devoción, las prácticas piadosas, los dones divinos, el amor de la Virgen, y vereis cuán suave y deliciosa es la fragancia que difunde en vuestras almas esta Rosa mística, alegría de los cielos, y consuelo de la tierra. Hermosa flor es la reina de las flores por sus cualidades, pero no es menos admirable por su amabilidad.

Los naturalistas encomian sus cualidades y los poetas cantan sus bellezas, y todos reconocen su soberanía en el reino de las flores. La rosa, como dice Plinio (1), recrea nuestra vista con sus encendidos matices, deleita nuestro olfato con sus delicados perfumes, halaga nuestros sentidos con sus virtudes, ilumina con sus tintas los labios de la hermosura, orna las sienes de la Virgen, engalana nuestras moradas, y es del amor emblema. Elevaos en alas de vuestra fé y de vuestro amor á la contemplación de María, y vereis como su hermosura recrea los ojos de vuestra alma. La Virgen merece mejor que Hester este elogio del Espíritu Santo: Era

hermosa en alto grado, graciosa á la vista de todos, y amable por tomo extremo (1). María reúne todas las gracias, todas las bellezas, todos los encantos de la Creación, como es vivo compendio de todas las grandezas, de todas las virtudes, de todos los méritos que se deben á la acción de la gracia en el orden sobrenatural. Por eso el nombre de la Virgen hace brillar de alegría los ojos que la miran con fé y lleva el consuelo á los corazones que acuden confiados á su misericordioso Patrocinio. El Rey de los cielos se mira complacido en su hermosura (2); los príncipes de su reino no se cansan de contemplar su rostro (3); y todos los bienaventurados y todas las generaciones y todos los pueblos de la tierra la ensalzan á porfía, llamándola Reina y Madre, gloria de Jerusalem, alegría de Israel, y honor de nuestro pueblo.

Y no es maravilla que todos los labios pronuncien su nombre con veneración y celebren sus grandezas con entusiasmo, y acudan suplicantes á su intercesión con ilimitada confianza porque, si sus grandezas ó sus cualidades arre-

(1) Lib. 20. Hist. nat.

(1) Hest. II.

(2) Psal. 44.

(3) Ibid.

batan la universal admiración, si *la amenidad* de esta rosa mística cautiva los corazones, la eficacia de su intercesión, *la virtud maravillosa* de esta flor celestial, la multitud de sus beneficios arrancan de todos los pechos homenajes de amor y rendimiento, himnos de glorificación, y todo género de manifestaciones entusiastas, inspiradas por la gratitud. ¿Quién ignora las maravillosas virtudes de la rosa y las utilísimas aplicaciones que de ella se hacen en la medicina de los cuerpos? Plinio en su historia natural expone las virtudes de la rosa, y afirma que esta flor tiene virtud para curar cuatro enfermedades. Conforta el corazón y el estómago, contiene el flujo del vientre, clarifica la vista, y calma el dolor de cabeza. Tienen las flores su lenguaje, y la rosa predica mejor que este discurso la poderosa eficacia con que la Virgen influye en la salud de las almas. ¿No es el amor de Dios la vida y la fuerza de los corazones? ¿Quién sino el amor divino ha creado esos gigantes del cristianismo que asombran al mundo por la fuerza incontrastable de su fe, por su heroica constancia en el bien, y por sus epopeicas hazañas en honra y gloria de Dios? ¿Quién sino el amor de Jesucristo ha creado esos

prodigios de fortaleza, esos apóstoles intrépidos, esos mártires inclitos, esas vírgenes invictas, esos apologistas valerosos, esos locos sublimes que brillan en el cielo del catolicismo como estrellas en perpétuas eternidades? ¿Quién sino el amor de Dios hace germinar en las almas, en la familia y en la sociedad las mieses de todas las virtudes que dignifican y salvan, la humildad contra la soberbia, la misericordia contra la dureza de corazón, la castidad contra la lujuria, la caridad contra la envidia, los encantos de la mansedumbre contra los arrebatos de la ira? El amor es más fuerte que la muerte misma (1). No hay aspereza que no suavice el amor, no hay dificultad que no venza, ni peligro que no arrostre, ni empresa que no emprenda con brío, y no lleve a glorioso remate (2) la rosa predica con sus encendidas matices que la Virgen es la Madre de ese amor tan bello como poderoso. *Ego Mater pulchræ dilectionis*. Este amor es un don de Dios. Si quereis este don, acudid á María que es la tesorera de todos los dones divinos.

También esta rosa mística cura el flujo de los pecados, reprime

(1) Cant. 8.

(2) S. Agustín.

las pasiones, nos libra de los peligros, dándonos el temor de Dios, que es el freno mas poderoso de la concupiscencia. *En el temor de Dios, dice el sábio, se aparta el hombre de lo malo.* (1) Disipa las tinieblas de nuestra mente con la luz de las divinas verdades y los resplandores de la gracia que infunde en el espíritu de sus devotos. ¡Cuántos náufragos son deudores á la Estrella de los mares de su feliz arribada al puerto de salvación! ¡Cuántos viajeros perdidos en la noche de la culpa descubrieron el verdadero camino y llegaron á salvarse, conducidos por los suaves y argentinos resplandores de esta luna benéfica y compasiva!

La rosa tiene la virtud de calmar los dolores de cabeza, y con esto aprendemos que la rosa mística sana la tibieza de nuestro espíritu, fortificando y enardecido nuestra esperanza, que es al alma lo que la cabeza al cuerpo, segun el Apóstol que nos da este consejo: *Galeam spei salutis assume.* Oid, atended. Hé aquí una voz que suena de continuo en los oídos de los pecadores: Yo soy, dice la Virgen, la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza.

(1) Prov. 15.

Es como la rosa descrita por Virgilio que rubicunda crece con purpureos colores, invitándonos á contemplar sus *maravillosas propiedades, sus múltiples bellezas y sus admirables virtudes* que son medicina efficacísima de las dolencias del alma.

Sean nuestros corazones para Jesús y Maria, y no dudemos de la eficacia de la piedad que es útil para todo. Si sois devotos de la Rosa mística, plantada en medio de la Iglesia para convertir el mundo de las almas en un jardín para su divino Esposo, floreceis como las rosas plantadas sobre los riachuelos de las aguas, (1) y llegado que sea el ocaso de vuestra vida, sereis trasplantados al paraíso de la gloria.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS

Historia verdadera.

Existe un santo misionero que en los inmensos bosques vírgenes del Uruguay, hace la vida de los primitivos propagadores del Evangelio.

Los indios le aclaman y bendicen.

Sin penetrar jamás en las ciudades sus palabras y su encantador ejemplo, su fé y su energia entera, son para los pobres que se ocultan en los ranchos y selvas.

No tiene morada fija. Hoy levanta el

(1) Ecl. 50.

rústico altar al pié de un árbol; mañana sobre una dura roca. Ya descansa durante la noche sobre la copa de un árbol, ya forma unreducido chozo en que apenas cabe su cuerpo.

Evangelizada una tribu, abandona aquel parage, para buscar otro á quien sacar de las sombras del error y de la muerte.

En medio de sus pobrecitos indios encontrábase, en una ocasion, cuando una turba de mercaderes de cierta ciudad acampó en el rancho. Acompañados de mujeres desgraciadas, produjeron desde su llegada grave escándalo en los inocentes indios, con sus embriagueces y liviandades.

El piadoso misionero fué á reprender dulce pero severamente por los malos ejemplos que estaban dando á los indios, y les rogó se marchasen.

La venganza de aquellos malvados no se hizo esperar. Aquella noche, cuando el sacerdote se preparaba al descanso dentro de la choza, oyó el disparo de un arma, y una bala penetró á través del detestable ramaje seco de su morada, saliendo por el otro lado.

Miró por un pequeño agujero que dejaban abierto las ramas, y vió á pocos pasos á aquella turba armada, preparándose á continuar los disparos.

En el suelo de la choza tenia el sacerdote el rifle de ocho tiros, con que en las selvas americanas camina todo misionero para defenderse de las fieras, y procurarse cacería.

Facilísima le era la defensa; pero ¿causar él la muerte de su prójimo, por malvado que fuese?

Prestose al sacrificio. Colgó su crucifijo de una rama. Arrodillóse, y se preparó á la muerte.

La choza tendria dos metros de diámetro. En forma de pirámide, iba estrechándose á medida que se elevaba.

Durante una hora, aquellos bárbaros estuvieron disparando sus rifles sobre la menguada choza.

Pero las balas casi rozaban el cuerpo del mártir sin herirle, yendo á salir por entre las ramas.

Ni la choza se incendió, aunque estaba hecha de ramaje seco.

¡Dios habia salvado milagrosamente la vida de su Apóstol.

A la mañana siguiente, al verle salir de la choza sano y salvo los mismos asesinos, asombrados y confundidos cayeron á sus piés y le pidieron les perdonase tamaño crimen, del cual se habia librado solo en fuerza de un milagro patente.

Este heroico misionero ha escrito á su hermana, que reside en Sevilla, los datos anteriores, pero narrados con una sencillez y humildad encantadora.

Llábase el Reverendo P. Gaspar Tobía, y fué beneficiado en esta Santa Iglesia Catedral de Cádiz, hasta el año de 1871, en cuya época entró en la insignie compañía de Jesús. El hecho ocurrió el año pasado. Hoy es Superior General de las Misiones en la República de Uruguay.

(B. O. del O. de C.)

El fin de la Tierra.

Los astros, como todos los seres materiales que pueblan el Universo, tienen una existencia limitada en el tiempo y en el espacio.

No es mi objeto describir aquí las distintas fases que estos cuerpos recorren, desde su primera condensación y segregamiento de la nebulosa primitiva hasta llegar al estado y situación que cada uno tiene en las regiones siderales; nociones que, partiendo de la concepción cosmogónica de Laplace, han pasado á ser hoy día poco menos que vulgares.

Pero entre todos ellos, siquiera uno de los más insignificantes, la Tierra, morada temporal del hombre, nos interesa de un modo especial para no seguir y observar con estudioso afán el proceso de su borrascosa vida, y más aún los síntomas de su verdadera é indefectible muerte.

Uno de estos síntomas ó manifestaciones naturales lo constituye seguramente la disminución constante del agua sobre la superficie terrestre, observada á través de las edades que nos precedieron en la historia del planeta.

Cuando se examinan los mapas geológicos, observa Delesse, se nota que los terrenos más antiguos forman muchas veces un cerco exterior y á modo de zonas concéntricas al rededor de los que les han sucedido, como si el mar hubiese ido retirándose paulatinamente; se sabe además que el suelo emergido ha aumentado progresivamente en dimensiones, según demuestra el estudio de las formaciones sedimentarias: las plantas terrestres, desconocidas antes del período devoniano, empiezan á mostrarse en éste y hasta el carbonífero no se ven con abundancia; y los terrenos lacustres, que no han sido señalados todavía más allá de este último período, sólo en él y en los que le siguen, se presentan bien caracterizados, viniendo á ser tan numerosos como importantes en la era terciaria, la más próxima á nosotros.

Ni las plantas, ni los animales terrestres han sido reconocidos por sus restos en el origen de los terrenos estratifica-

dos; pero, en cambio, á partir del período devoniano, en que empiezan á manifestarse, se ven siempre en aumento los terrenos lacustres y las tierras emergidas.

Debe, pues, concluirse indeclinablemente con Delesse que el nivel de los mares, durante los inmensos períodos transcurridos en la formación de los terrenos sedimentarios, ha descendido gradual y sucesivamente por la disminución del agua en la superficie de la Tierra.

Consecuencia inmediata, por otra parte, del origen ígneo de nuestro globo, de su enfriamiento progresivo y de las leyes de la gravedad, es que el agua de la superficie, como ha observado acertadamente Socmann, penetre en el interior y alcance sucesivamente zonas cada vez más profundas; al mismo tiempo que la descomposición de las rocas, tendiendo sin cesar á hidratarlas, va fijando una parte del agua que antes se hallaba al estado libre.

Dos causas, por consiguiente, contribuyen aún hoy día á disminuir el agua en la superficie y á aumentarla en el interior del globo; y es bien evidente, si la hipótesis del origen ígneo es aceptada, que en cierta época de nuestro planeta toda el agua debió ser superficial, y que la parte de ella que ha penetrado en su corteza posteriormente lo debe á los progresos del enfriamiento, que le han permitido alcanzar cada vez mayores profundidades.

En una palabra, el agua libre que filtra á través de las rocas y constituye los manantiales subterráneos, lo mismo que el agua combinada que permanece en cierto modo latente, aumentan constantemente á expensas del agua superficial.

Hé aquí demostrado por la generalidad de los sucesos geognósticos y, si se quiere, por la sola acción de lo que hoy se denominan *causas actuales*, uno de los cambios positivos que la Tierra experimenta en su esencial manera de ser, y

que, tarde ó temprano, han de conduciría á un término tal que la vida sobre ella no sea ya posible.

Para el geólogo así que para el astrónomo y el físico, todo atestigua, como afirma Delaire un término final á que el estado presente de la Tierra se dirige. Que las movimientos de la corteza terrestre, el juego mecánico de las flexiones y de las fracturas, dejen de ejercerse regularmente, y sonará la hora del cataclismo que ha de aniquilar la vida sobre el globo entero.

Cuando la película cada vez mas espesa y menos elástica, que envuelve al núcleo central, no se preste ya á plegarse para seguir á ese núcleo en su contracción producida por el enfriamiento progresivo, grandes cavidades habrán de formarse debajo de la corteza terrestre y acaso nos encontremos ya, según Delaire en los principios de esa fase posterior, puesto que los mas recientes levantamientos han ofrecido el singular carácter de dar origen algunos volcanes.

Siendo así, continúa diciendo el autor citado, un día el mar penetrará por las grietas abiertas hasta la masa incandescente; súbitamente evaporadas sus aguas, romperán en mil pedazos la envolvente sólida, surgirán al exterior, y enfriadas, congeladas por efecto de esta enorme producción de fuerza mecánica, volverán á caer sobre el globo, cubriéndolo de una espesa capa de nieve. Toda vida para siempre quedará extinguida. La condensación de la nebulosa en nuestro planeta habrá llegado á su último término.

La atmósfera misma será absorbida por los poros y las hendiduras de la corteza superficial; y la Tierra, silenciosa y helada, vendrá á ser como otra Luna, con la superficie perforada por muchos y grandes cráteres, rodeados de extensas llanuras siempre nevadas.

Mas tarde, como indica Lapparent, el Sol, cuya condensación está ya muy

abanzada, no hallará ya la disminución de su diámetro un manantial de calor suficiente para sostenimiento de su elevada temperatura; aparecerán sobre la superficie de este astro grandes manchas, destinadas á convertirse en oscura corteza; sus rayos se apagarán; el frío de la muerte invadirá á su vez á ese foco de calor y de vida; y la Tierra vendrá á quedar reducida á la temperatura del espacio y á la sola luz de las estrellas.

¿Y despues?

Pero ante ese misterioso porvenir, como ante el espectáculo de la Creación, la ciencia se detiene, se recoge y calla.

Bástenos la demostración de que nuestro globo tiene un término, un fin, como ha tenido una causa y un principio; y admiremos la majestuosa estabilidad de ese vasto conjunto, cuyos cambios se de-envuelven tan lentamente en la serie de los siglos, que todos los periodos que sirven á los hombres para computar el tiempo desaparecen ante esa inmensidad.

¿Qué es entonces la vida del hombre en ese perpétuo viaje de la Tierra, buscando el lugar de su eterno reposo?

Menos que la de esas efímeras criaturas que un mismo sol vé nacer, crecer, amar y morir.

Simple pasajero de un día sobre ese buque flutado por el cielo, ansia de continuo llegar á la patria, sintiendo resonar en su corazón este grito del viejo profeta Isaias:

«¡Señor! En medio de mis días, toco á las puertas de la muerte. Nací esta mañana, la noche se acerca y voy á morir. ¡Y esperaba ver aún un nuevo día! Pero la suerte implacable me rinde. ¡Nací esta mañana, la noche se acerca y voy á morir!—¡Oh, Señor! ¡Esta es, pues, la vida! ¿Es para esto, Señor, que yo nací?»

SILVINO THÓS CODINA,
Ingeniero de Minas.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.